

Seis notas sobre lo cómico

Ernesto Castro

1. Una de las razones de que lo cómico haya sido objeto de tan pocos ensayos filosóficos, en comparación con los ensayos que ha suscitado lo trágico (Aristóteles, Nietzsche, etc.), seguramente se deba a que lo cómico no es una propiedad reflexiva. Esto es, la explicación de un chiste no tiene por qué ser ella misma graciosa; más bien al contrario. Claro que la fórmula del cloruro sódico tampoco es salada, y ello no supone ninguna traba para el análisis químico de la sal común.

2. «*Das ist komisch*». Así termina David Foster Wallace su conferencia sobre el humor en Franz Kafka. «*Komisch*» se puede traducir tanto por «cómico» como por «extraño». Wallace no es el primero en percibir la veta «kómica» de Kafka. H. S. Reiss y Jean Collingwood ya lo hicieron en los años 40. Pero sí que es uno de los primeros en enfrentarse frontalmente a la «concepción heredada» de Kafka en términos estrictamente teológico-políticos (Walter Benjamin, Gilles Deleuze). Y de hacerlo en un curso de escritura creativa en los Estados Unidos.

El hecho es que el humor de Kafka no cumple ninguna de las formas y códigos del divertimento en los Estados Unidos. No hay juegos de palabras recurrentes ni acrobacias guionísticas, nada en la línea de las sátiras mordaces o de las cuchufletas. En Kafka no hay ni humor de origen corporal ni dobles sentidos sexuales ni intentos estilizados de rebelarse ofendiendo a la convención. Nada de payasadas pynchonianas con cáscaras de plátanos o amígdalas canallas. Nada de priapismo rothiano o metaparodia barthesiana o pataletas rollo Woody Allen.

Y, sin embargo, los cuentos de Kafka tienen una estructura como de chiste en la medida en que subvierten la información contextual que ellos mismos dan por supuesta. La gracia central de Kafka, según Wallace, es el hecho de «que la terrible lucha por establecer un sí mismo humano resulta en un sí mismo cuya humanidad es inseparable de esa terrible lucha. Que nuestro trayecto imposible e inacabable al hogar es de hecho nuestro hogar».

3. Tony Zhou muestra en un vídeo de su canal de YouTube, *Every Frame a Painting*, por qué las comedias de acción de Jackie Chan rodadas en Hong Kong son más graciosas que las rodadas en Hollywood. El secreto está en la duración. Los productores hongkoneses no solo dejan más tiempo a Chan y a sus luchadores de artes marciales para que ensayen cada escena de combate cuantas veces sea necesario, sino que además se procura dejar en el montaje final los planos cuanto más largos mejor, para que el espectador pueda contemplar las escenas en toda su ridiculez; mientras que en Hollywood es habitual un montaje rápido de las escenas de combate, con planos de unos pocos fotogramas de duración, precisamente para encubrir que los actores no saben luchar, no digamos ya luchar gracioso.

Como dice el protagonista de *Los ilusos*, de Jonás Trueba: la principal diferencia entre una tragedia y una comedia es que la comedia dura más tiempo. Si la representación de *Edipo Rey* durase un día entero en lugar de un par de horas, estoy seguro de que todo el tema del parricidio, el incesto y la peste nos empezaría a parecer hasta gracioso. El problema de esta impresión es que *Edipo Rey* o, mejor dicho, la tetralogía edípica sí que fue escrita por Sófocles con el fin de que su representación durase un día entero, sin por ello perder su carácter trágico. La dilatación y reiteración temporal de algunas escenas de la tragedia ática llevadas a cabo por Jan Fabre en su obra de 24 horas de duración, *Mount Olympus*, lejos de rebajar la tragedia de estas escenas, la eleva hasta un punto sublime-extático. Hablo por experiencia propia.

4. En uno de los carteles promocionales del III Reich con motivo de la abolición de la vivisección en 1933 figura prácticamente toda la fauna levantando la patita al paso de un soldado con una esvástica en el brazalete. En el cartel aparecen ranas, vacas, gatos, ratas, conejos, palomas... de todo salvo monos. Ello probablemente se deba a la que podemos considerar como la broma políticamente más efectiva de todos los tiempos. A comienzos de 1933 un feriante de Paderborn de orientación socialdemócrata llamado Fritz Petter adiestró a sus chimpancés para que hicieran el saludo romano ante la presencia de cualquier individuo humano uniformado. Poco tiempo después se emitió una ley que prohibía el saludo romano a los monos bajo pena de muerte sobre el animal.

5. En el prólogo a una de sus antologías de chistes cuenta Slavoj Žižek que en la Unión Soviética y en sus satélites no solo no se perseguían los chistes sobre el socialismo realmente existente, sino que se promovían como una suerte de «carnaval bajtiniano»,

que revoluciona momentáneamente el discurso para soportar e imponer mejor la cruda realidad. Cabe ilustrar esta paradoja con el caso del actor cómico británico-pakistaní Humza Arshad (alias «Badmans»), contratado por Scotland Yard en 2014 para montar una campaña humorística contra la yihad en los institutos, con la mala suerte de que una de las primeras británicas enroladas en ISIS fuera la hermana de uno de sus mejores amigos, seguidora de su repertorio humorístico presuntamente antiyihadista.

Los críticos de cine prefieren ilustrar el rumor de Žižek con una escena de la película *Das Leben der Anderen* en la que unos espías de la Stasi se burlan la DDR. Esos chistes, sin embargo, son inconcebibles antes de películas como *The Truman Show* y *Goodfellas*. La escena de la intimidación («*Funny how?*») de Tommy DeVito (Joe Pesci) a Henry Hill (Ray Liotta) se convierte en la escena en la que un oficial amenaza de broma a un subalterno que va a denunciarle por haberse reído del Partido. Y la escena de Truman Burbank (Jim Carrey) saludando a sus vecinos («Buenos días; y si no nos vemos, buenos días, buenas tardes y buenas noches») se transforma en la escena del presidente Erich Honecker saludando al sol a lo largo del día. Este le responde cordialmente hasta que llega la noche y ante el «Buenas noches, querido sol» de Honecker, este responde con un —Bésame el culo: ahora estoy en Occidente.

Curiosamente, una película sobre la mafia y otra sobre un *reality show* se han convertido en modelos ficcionales verosímiles de lo que fue el socialismo realmente existente.

6. La línea roja que se impusieron los redactores de la revista satírica *The Onion* cuando sacaron, a pocas semanas del 11-S, un número sobre el atentado consistió en no burlarse de las víctimas. No reírse de los colectivos sociales desfavorecidos se ha convertido en uno de los principios elementales del humor políticamente correcto en los Estados Unidos desde los años 90, con el resultado previsible de haber erradicado prácticamente por completo la comedia de lugares como las facultades de humanidades, donde los profesores buenrollistas dictan que todo el mundo tiene algo por lo que quejarse.

El monologista Jerry Seinfeld ha contado cómo cada año percibe que más y más espectadores se sienten ofendidos por un chiste en el que él se burla de quienes escrolean la pantalla de sus móviles con un solo dedo, un gesto propio de «un rey gay francés». Lo gracioso del caso para alguien que haya estudiado filosofía es que «el rey de Francia» es

el ejemplo que pone Bertrand Russel de descripción definida que no refiere a nadie; una descripción que no tendría por qué ofender a nadie.

El caso es que la ideología de lo políticamente correcto no busca tanto prohibir el humor cuanto patrimonializarlo identitariamente, al más puro estilo de las políticas de la apropiación y de la subversión. El nadador paraolímpico Xavi Torres tiene un derecho intransferible a contar chistes sobre Irene Villa por la misma razón por la que los afroestadounidenses pueden llamarse «*nigga*» entre ellos, porque para los posmodernos la autoparodia no solo está permitida, sino que es obligatoria.

Los profesionales del humor deben ser o bien exclusivamente autorreferenciales o bien absolutamente inclusivos: una de las cosas que se les criticó a los directores de Charlie Hebdo *después* del atentado yihadista contra su sede fue que no se hubieran metido con los judíos tanto como lo hicieron con los musulmanes. Parece ser que Charlie Hebdo había despedido al dibujante Maurice Sinet por haber caricaturizado al hijo del presidente Nicolas Sarkozy, recién convertido al judaísmo. El dibujante Joe Sacco contribuyó al debate con una tira cómica en la que exploraba los límites de la sátira mostrando imágenes de sí mismo como un negro que se come un plátano en un árbol, como un judío que cuenta dinero entre gusanos, como un yihadista que le corta el cuello a un infiel y como un neonazi europeo que apalea a inmigrantes. ¿Dónde trazar la línea entre la burla correcta y la incorrecta? «De hecho, a menudo, cuando trazamos una línea, estamos cruzando otra. Porque las líneas en un papel son un arma y la sátira está hecha para tocar hueso. ¿Pero el hueso de quién?», escribió Joe Sacco.